

II. PARA QUÉ SIRVE LA ESPIRITUALIDAD

2.1 Espiritualidad y crisis (5)

Algunas de las causas que explican esta preocupación cada día mayor por la espiritualidad tienen que ver con la palabra **crisis**. Crisis de ajuste y crecimiento y crisis por la acentuación del proceso de secularización.

A partir del Concilio Vaticano II, es evidente que la Iglesia y, en concreto nuestra Iglesia latinoamericana, se ha renovado y la vida de los fieles ha crecido. Un nuevo modelo de Iglesia y de apostolado exige, al mismo tiempo, motivaciones y planteamientos igualmente nuevos. Por otra parte, las urgencias derivadas del contexto social en que vivimos que reclaman acentuaciones en la línea de la liberación y del compromiso social, unidos al proceso creciente de secularización, han llevado a cuestionar a muchos elementos de la fe y de la praxis cristiana que en otros tiempos eran evidentes. Esto ha influido en nuestro medio, ciertamente, en la búsqueda de una espiritualidad que no sólo calce y conviva con esta realidad, sino que aporte motivaciones e inspiración a las corrientes más representativas de la renovación teológica y pastoral. Si la Iglesia, en términos generales, se renueva, la práctica de los fieles ha de renovarse, y no hay auténtica renovación eclesial sin una transformación.

Habitualmente, la renovación comienza por las actividades pastorales, ya que ahí es donde primero se percibe la incoherencia existente entre un cierto "modelo" de Iglesia y la realidad. Se cambian los métodos y contenidos de la evangelización, de la educación cristiana, de la liturgia. Se cambia el quehacer social: no sólo hay que acentuar la caridad y el servicio, hay también que combatir por la justicia, los derechos humanos, la liberación...También se plantean los cambios institucionales y de organización: para eso las Congregaciones religiosas llamaron a Capítulos Generales de renovación. Lo mismo ocurrió con las curias, las conferencias episcopales, los sínodos, las parroquias, las zonas pastorales, los seminarios, los colegios católicos..

A medida que se fueron haciendo los cambios, muchos creímos que la renovación de la Iglesia, de la Congregación era sólo eso. La experiencia ha revelado lo contrario y ha puesto en movimiento este auge de la espiritualidad expresado en una búsqueda de mayor mística. *Se percibe una conciencia expresada de distintas maneras de que los cambios institucionales en que los distintos grupos eclesiales se han empeñado en estos cuarenta últimos años y la renovación pastoral producida han sido insuficientes y superficiales. Hay una percepción generalizada de que hay que hacerle caso al Señor y "entrar mar adentro", es decir, recuperar mística o identidad, recuperar espíritu, volver a las motivaciones esenciales de los orígenes, apostar por una mística del seguimiento de Jesucristo, de una mística del servicio al pobre, una mística de la oración, de la comunidad y de la fraternidad, una mística del matrimonio y de la vida en familia, una mística de la entrega incondicional al niño y al joven desde la misión propia que hemos recibido en la Iglesia.*

(2) Para los subpuntos 2.1 y 2.2., cf GALILEA, Segundo: El camino de la espiritualidad, Ed. Paulinas, Bogotá 1982, 17-26.

2.2 La parábola del agua

La espiritualidad es la inspiración y la garantía evangélica de que la renovación es tal. Todo cambio en la Iglesia implica, tarde o temprano, plantearse la renovación de las motivaciones que lo inspiran. Sin esas motivaciones arraigadas, vivas y explícitas, ningún grupo humano puede subsistir largo tiempo y mucho menos renovarse. Apartarse de ellas supone pérdida de sentido y, por lo mismo, de fuerza, de atracción, de continuidad. Por eso que cada vez se afirma más en la Iglesia que la demanda de espiritualidad será la dimensión del futuro.

De cara a la fe que es el ámbito donde nos movemos los educadores maristas, las motivaciones son más que esenciales, son nuestro sello de identidad. Nuestra historia, nuestra significación actual, nuestra organización, cuanto somos y hacemos no se explican por las ciencias humanas o por la racionalidad histórica: se refieren a Jesús y su Evangelio como la motivación global, imprescindible y dominante.

La espiritualidad es la "savia" de nuestro trabajo apostólico, de nuestra pastoral, de nuestra organización comunitaria, de la teología que ilumina nuestro quehacer. Cuando esto se olvida - y tenemos que reconocer que efectivamente a lo largo de la historia se nos ha olvidado y reconocer, además, que ahí radica en gran medida la causa de nuestros males, crisis, estancamientos-, cuando ello se nos olvida, insisto, se nos produce una especie de "esquizofrenia" que podríamos graficar diciendo que nuestros discursos- todos ellos hermosos- van por una dirección y nuestras obras, por otra. No hay concordancia entre lo que decimos y la gente ve. No tienen los frutos de nuestras manos esa mordiente seductora que siempre han ofrecido las obras cuando están inspiradas y hechas por Dios. ¿No atraería hoy la repetición de la experiencia Montagne? ¿No causó profundo impacto y seguirá siendo fuente de desplazamientos evangélicos la muerte de los cuatro Hermanos mártires de Bugove, que encontraron el martirio justamente después de haber decidido en discernimiento quedarse en el campamento "porque no podían dejar solos a tantos refugiados," como si fueran ovejas sin pastor?

En el fondo, "la espiritualidad es teología en acción; es lo que hacemos en virtud de lo que decimos creer. Lo que dogmatizamos en credos, la espiritualidad lo encarna; y lo que encarnamos es lo que realmente creemos" (6).

Un obrero de una comunidad cristiana, leemos en el libro citado de Segundo Galilea, explicaba con esta sencilla parábola lo que para él era la espiritualidad cristiana: *"La espiritualidad cristiana se parece a la humedad y al agua que mantiene empapada la hierba para que ésta esté siempre verde y en crecimiento. El agua y la humedad del pasto no se ven, pero sin ellas la hierba se seca. Lo que se ve es el pasto, su verdor y belleza, y es el pasto lo que queremos cultivar, pero sabemos que para ello debemos regarlo y mantenerlo húmedo"*.

El pasto, la hierba, por ejemplo, es el quehacer de nuestras vidas: el conjunto de nuestros ideales y proyectos, el proyecto vital que nos anima, las metas que nos vamos fijando: tener un buen trabajo, una seguridad, un espacio familiar y afectivo en la vida; las

6) CHITTISTER, Joan , El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy, Santander 1998, 138.

preferencias sociales, culturales, profesionales, artísticas, políticas, religiosas, las distintas formas de compromiso que cada uno asume en su vida. Pues bien, todas nuestras vidas hechas a veces de ideales y compromisos exigentes y significativos y las más de las veces oscuros y ordinarios, necesitan en todos los casos de agua y humedad para no marchitarse, desanimarse y hacerse irremediamente egoístas. El agua - la espiritualidad - es la motivación, la inspiración para trabajar, luchar, cambiar, vivir sin egoísmo. Cuando dicha motivación es densa e idealista, cuando es experimentada como "motor" y como fuente de agua permanente la llamamos "**mística**". Esta por su fuerza y densidad es capaz de arrancar del egoísmo y entregar a una tarea, compromiso, superior al mezquino interés personal. Se trata de un gran ideal e inspiración que neutraliza los ídolos del egoísmo que se apoderan de las motivaciones del corazón humano. Su fuente es la experiencia de la fe. La fe en Cristo y en su Evangelio hecho experiencia vital, experiencia religiosa.

Hay espiritualidad cuando la experiencia de Dios y su Palabra como amor exigente que empapa la hierba de nuestras vidas , es suficientemente densa y viva como para constituirse en inspiración y motivación consciente de las diversas formas de entrega a un amor mayor. En nuestro caso, la espiritualidad cristiana no es la sola entrega a una causa mayor que lleva a olvidar el egoísmo - la entrega a tiempo y corazón completo a los niños y jóvenes - sino los motivos evangélicos por los cuales se hace.

2.3 Una espiritualidad para tiempos de refundación

El problema que preocupa, ilusiona y, al mismo tiempo, atemoriza a la Congregación marista, hoy, es un problema de espiritualidad que llamamos **refundación**. Este término apareció escrito en las palabras finales del Mensaje del último Capítulo General y ha orientado el gobierno del Instituto en estos últimos siete años.

El Hno. Superior General nos recordó en la Conferencia General de 1977, que para nadie es un secreto que la Vida Religiosa actual está en crisis, y que por todas partes se reclama un nuevo modelo. Lo problemático es que todavía no se encuentra. Y esta crisis afecta cómo no a sus obras.

Cada día hay más luz en torno a que lo que le ocurre es algo sustantivo, de fondo, algo que tiene que ver con su propia identidad. No es crisis de superficie o de simple funcionamiento. Es más bien crisis de ser, de fundamento, de falta de sentido y de sabor, de desorientación existencial, de inseguridad personal de sus miembros y, también, institucional.

Los religiosos y religiosas pasamos por una situación dolorosa que nos incomoda y que así mismo incomoda a los laicos, pero que, al mismo tiempo, puede convertirse en momento privilegiado de gracia, "Kairós", si sabemos enfrentarlo y tenemos la capacidad y valentía de reaccionar y buscar.

La refundación es un problema de espiritualidad, no de meras reformas estructurales, aunque éstas sean también necesarias. El fundamento último del proyecto de vida de los Hermanos es la fe radical que sustenta un seguimiento radical de Jesucristo. Y parece que no es arriesgado afirmar que aquí reside la raíz de la crisis en que estamos, en la debilidad de nuestra fe. Nuestros esfuerzos deben apuntar, pues, fundamentalmente, a suscitar en los Hermanos y en las instituciones (comunidades, gobierno, obras) procesos de conversión y de fidelidad a la llamada específica que Dios

nos ha hecho , de ser sus testigos en la Iglesia y en la sociedad, y encontrar en esa misión nuestro gozo y nuestra razón de ser y de existir. En las circunstancias actuales, será difícil que se desencadene este proceso sin que afecte a los laicos. Ellos son también llamados a vivir con más intensidad las exigencias de su vocación.

La refundación de la que nos habla el Capítulo reclama la presencia en nuestras Provincias de religiosos y laicos decididos a ser testigos visibles y transparentes del Dios de Jesucristo, al modo de María, de una manera más decidida y radical, distinta de la presente.

Hombres y mujeres cuyas vidas estén cada día más arraigadas en Dios, más alimentadas por el Evangelio, más enraizadas en Jesucristo y más apasionadas por la instauración del Reino en los niños y en los jóvenes. Y en sus respectivos contextos. Con un talante mariano y muy de la mano de Marcelino.

III. EN EL CORAZON DE LA ESPIRITUALIDAD APOSTOLICA

3.1 Llamada capitular a superar nuestra crisis de espiritualidad

El XIX Capítulo General, celebrado en Roma en setiembre del año 1993, propuso a los Hermanos la vivencia de la espiritualidad apostólica marista como clave de refundación , como condición de permanencia en el futuro y como respuesta a lo que el Espíritu de Dios pide hoy al Instituto. Elaboró el documento titulado: Espiritualidad apostólica marista.

El documento intenta ser un camino concreto de superación de la crisis prolongada de espiritualidad que se arrastra, como hemos señalado anteriormente, desde hace tiempo en el Instituto y que concretiza el mismo texto en estos términos:

3.1.1 Existe un problema de insuficiente espiritualidad:

Aunque se perciben en el camino congregacional una serie de aspectos positivos, (7), también existen unas cuantas deficiencias importantes que es preciso mejorar y que están recogidas en el N° 11: deficiencias en la unificación de la vida, en el desarrollo del ejercicio personal, comunitario y colegial del discernimiento, en el acompañamiento espiritual, en la oración no muy profunda y cristocéntrica. Necesitamos crear comunidades que vivan un estilo más sencillo y acogedor, que estén más cercanas y sensibles al mundo que les rodea y de un modo especial al mundo de los pobres, que compartan la Palabra de Dios y la fe que les anima y que vean en María un referente carismático de integración de vida. Aunque referidas a los Hermanos, las deficiencias de carácter personal y comunitario pueden aplicarse igualmente a nuestros laicos , enfatizando en el ámbito comunitario su vida matrimonial y de familia. El documento MISION del mismo Capítulo selecciona cuatro rasgos deficitarios más que nos implican a todos: la pérdida de vigor pastoral y catequético de algunas escuelas, la difícil lucha por evitar el elitismo en la escuela

(7) XIX Capítulo General, EAM 10

católica, la dificultad por parte de algunos Hermanos de aceptar la participación de los laicos en nuestra misión marista y la constatación de que aún no estamos suficientemente con los pobres. (8). A la luz de estas lagunas surge la necesidad de adquirir una mayor vitalidad espiritual (9).

3.1.2 También de espiritualidad inadecuada

El otro problema fue claramente descrito en el Informe que el Hno. Charles Howard, y su Consejo ofrecieron al Instituto al terminar su mandato:

"No se ha acertado con una espiritualidad adecuada a nuestra vocación de religiosos laicales de vida activa. El problema no es sólo de pobreza de oración, sino de una vida que no es capaz de desarrollarse espiritualmente desde cualquiera de sus dimensiones: consagración, apostolado, comunidad, o desde cualquiera otra faceta de nuestro ser o nuestra acción".

Aunque referido a los Hermanos, el problema es igualmente válido para los laicos. La espiritualidad propia de su vocación es desarrollar su vida cristiana, la fe recibida en el bautismo, desde las múltiples dimensiones de su vida: como profesionales, como esposos, como padres, como hombres y mujeres inmersos en el mundo, con responsabilidades sociales y políticas, viviendo en una época determinada, con una cultura particular...

3.2 Nuestra espiritualidad es apostólica

El Nº 7 de las Constituciones de los Hermanos Maristas define la espiritualidad marista como **mariana y apostólica**. A medida que nos fuimos distanciando de los tiempos del P. Champagnat y de los primeros Hermanos, modelos carismáticos, nuestra espiritualidad prosiguió siendo mariana - aunque con altibajos y cierta tibieza, superada, en gran parte, gracias a Dios, hoy día - pero no apostólica. La espiritualidad de los Hermanos tenía más matices y acentuaciones monásticas impropias de quienes, por vocación, viven en el mundo, en contacto permanente con él, y realizando una tarea eminentemente secular. A esto se refiere el Informe del H. Charles, anteriormente citado, cuando califica a nuestra espiritualidad de inadecuada.

El documento elaborado en el XIX Capítulo es un primer intento de **profundizar la nota apostólica de nuestra espiritualidad**. Fruto suyo es el trabajo de animación que se está haciendo a nivel de todo el Instituto, para lograr como dice el Mensaje capitular, "*pasar de un activismo y de una vida espiritual demasiado dependiente de los ejercicios de piedad a una existencia más unificada que deje lugar a la presencia de Dios en nuestra vida y a la presencia de la vida en nuestra oración*" (10). Comencemos afirmando que la calificación de **apostólica** no es una nota accidental, sino más bien sustancial. Hace alusión al tipo de Vida Religiosa y de espiritualidad que surge en la Iglesia en el siglo XVI con la aparición de los clérigos regulares y, sobre todo, de los jesuitas. Ellos instauran un

(8) XIX Capítulo General, Misión, 13

(9) XIX Capítulo General, EAM, 1

(10) XIX Capítulo General, Mensaje, 16

modo nuevo de ser religioso caracterizado por acabar con el estilo conventual y adoptar una forma de servir a Dios, de seguir a Jesucristo como lo hicieron los apóstoles, la primitiva comunidad apostólica, es decir en contacto con la gente, en medio del mundo.

3.3 Intentando una descripción:

El documento capitular, sin agotar el tema ni mucho menos, habla de cinco rasgos que caracterizan a la espiritualidad apostólica, a saber:

- *La pasión por Jesucristo, su Evangelio y su Reino.*
- *El tener alma de apóstol, celo apostólico, amor y compasión por el ser humano que le lleva a desvivirse por la salvación de las personas.*
- *La oración apostólica que . es una manera peculiar de orar.*
- *La unificación de la vida.*
- *El encontrar a Dios en la vida, en el mundo, en la realidad de cada día, y allí escucharle, adorarle, amarle y servirle.*

Todos estos rasgos son importantes y están relacionados entre sí. Por las características de esta exposición, me voy a centrar en el último rasgo por parecerme que ahí reside el corazón de la espiritualidad apostólica.

Presento, pues, algunos puntos que considero centrales:

3.3.1 *La gloria de Dios irrumpe “desatada y desenfrenada” por todas partes.*

Así lo siente y lo vive el contemplativo en la acción. Descubre la esencia de lo sagrado en las cosas más humanas de la vida. Para él no hay nada que no sea un acto sacramental, una teofanía en la que emerge el rostro y la voz de Dios. Por lo mismo, puede percibir su voz y vislumbrar su rostro en cualquier circunstancia y acontecimiento, por insignificante que parezca. Por esa misma razón derrocha compasión y sirve valiente y generosamente a los otros, porque son para él el icono sagrado de Jesús: lugar de adoración, de comunión y de respuesta.

3.3.2 *Hacer experiencia de Dios en lo cotidiano.*

El mundo es el lugar de la adoración de Dios. El Señor emerge en la misma densidad de las cosas, personas y acontecimientos, y es ahí donde el que vive la espiritualidad apostólica siente que Dios quiere ser escuchado, servido y amado. El mundo, la historia, el apostolado, no son obstáculos para el encuentro con Él, sino una mediación obligada.

No sólo se encuentra a Dios en la oración, sino que también el mundo es condición necesaria o camino para dicho encuentro.

Con términos de S. Ignacio se trata de un doble movimiento: descubrir a Dios y amarlo en el mundo, y amar en Él a todo el mundo.

Se trata de una espiritualidad que sobrepasa la oposición entre pura interioridad y mundo exterior, entre contemplación y acción. Haciendo de la contemplación una actividad de todo el hombre en todas sus circunstancias, y de la acción una praxis humana que es alcanzada críticamente por la contemplación de Dios.

3.3.3 *Adoptar esta actitud ante la vida requiere de un proceso.*

Expongo aquí el que J.A. García presenta en su artículo. “Místicos horizontales”. Hay otras maneras de presentarlo. El primer paso lo llama **hacer lecturas trascendentes de la vida**. Supone el ejercicio habitual de leer la historia, empezando por la propia, de una manera no superficial o plana, sino trascendente. Este ejercicio consiste en taladrar toda realidad o todo acontecimiento, todo aquello que nos sale al paso, hasta descubrir en su fondo un mensaje de Dios, despellejar las capas exteriores de la vida hasta llegar a su núcleo y percibir allí la cercanía amorosa y salvadora de Dios. Perforar la capa externa y dura de los acontecimientos para poder entablar la relación adecuada con el misterio de Dios. ¿Qué me estará diciendo Dios con esto que sucede? ¿Qué mensaje me quiere comunicar en esta circunstancia comunitaria, en este encuentro de profesores? ¿Cómo me ha hablado en el día de hoy? ¿Cómo se me presenta en esta persona concreta, en este niño o joven?

Este primer paso es básico y tal vez no sea errado afirmar que no estamos muy acostumbrados a él, aunque podemos exhibir ejemplos notables como los del Hno. Henri Vergès, los cuatro últimos mártires y tantos otros Hermanos.

El segundo paso es darse un espacio donde se produzca un encuentro cordial, afectivo y libertador con quien ha aparecido en el fondo de la lectura trascendente, Adorarlo, vivenciar la experiencia de pertenecerle y suplicarle que progresivamente vaya produciendo el descentramiento. Vivir en el gozo de la confianza y de la entrega incondicional. Escucharle y disponerse a la obediencia, una obediencia radical. Experimentar también la acogida incondicional por parte de Él, su amor, su perdón. Percibir sus ojos que miran apasionadamente al mundo. Y acoger la invitación a participar de esa misma mirada y de la compasión de su corazón.

El encuentro es fundamental en el proceso. Madura cuidadosamente el corazón y lo dispone a dejarse sorprender por la presencia de Dios en los lugares más inverosímiles. A su vez, proyecta luz sobre el acontecimiento o práctica que le sirve de soporte. La acción que realizamos es juzgada por la contemplación que estamos haciendo e invitada a colocarse en la óptica de Dios. Nuestra libertad se siente llamada a articularse obedientemente en la libertad de Dios. Verlo todo desde sus ojos y su corazón y hacerlo todo orientado hacia el horizonte de su Reino es la máxima pasión de quienes viven la espiritualidad apostólica, y la forma que adopta su oración preferida.

En el fondo, ser contemplativo en la acción es vivir en tal escucha adoradora de Dios en el mundo que en ella nos podemos hacer constantemente la pregunta: ¿qué debo hacer? Y sospechar obedientemente la respuesta. El ejercicio de la presencia de Dios encuentra aquí concreciones muy profundas.

Terminando el encuentro, **se vuelve de nuevo al mundo**, a realizar la misma tarea pastoral, a encontrarse con las mismas personas, a vivir en la misma comunidad o con la misma familia. Pero no se vuelve de la misma forma. La acción que se va a volver a realizar ha quedado bañada y dirigida por la contemplación de Dios y su mirada amorosa y crítica. De ahí la importancia de lo que se haya producido en el encuentro. La calidad de él marcará las características que adopte la acción que se vaya a realizar. Tengo la impresión de que perdemos garra y profetismo en nuestra vida porque no tenemos práctica habitual de estos encuentros personales y liberadores con el Señor.

Dice el P. Arrupe: “para un contemplativo en la acción, para un hombre apostólicamente integrado, toda experiencia de Dios es acción por los demás y toda acción por los demás es tal que le revela al Padre y le une más a Él afectiva y comprometidamente”. Nunca mejor dicho en clave de unificación e integración.

3.4 Vivimos la espiritualidad apostólica con rasgos propios

La espiritualidad apostólica es una forma de seguimiento de Jesucristo que el Espíritu ha suscitado en su Iglesia y de la que nos hace partícipes por nuestra condición de religiosos de vida activa, o de laicos. Ahora bien, vivimos dicha espiritualidad con un estilo que nos es propio y que nos distingue de los otros laicos o de las otras familias religiosas. Dicho estilo brota del carisma específico que hemos recibido, de nuestra condición de **maristas**. Hacemos la experiencia de descubrir a Dios en la vida y llevar ésta hasta Él como maristas, con unos rasgos que nos identifican: con un estilo mariano, sencillo, de fuerte presencia entre los niños y los jóvenes, con gran amor al trabajo y el cultivo de las pequeñas virtudes que configuran un atrayente espíritu de familia. Tradicionalmente, al hablar de espiritualidad marista nos referíamos a los rasgos que acabo de mencionar. Me parece necesario que se produzca un cambio de comprensión y caractericemos a nuestra espiritualidad con los rasgos que las Constituciones señalan: apostólica y mariana. El resto lo podemos encuadrar en el estilo propio de familia que permea cuanto somos y hacemos, también la espiritualidad.